

## LA GAYA CIENCIA

*Aurora* es un libro afirmativo, un libro profundo; pero claro y bondadoso. *La Gaya Ciencia* es lo mismo; pero en grado superior.

Rara es la frase en que no van tiernamente asidas de la mano la profundidad y la petulancia.

Cierta estrofa que expresa mi gratitud por un maravilloso mes de Enero—todo el libro es el regalo de ese mes—deja adivinar la profundidad donde se hizo «alegre» esta «ciencia».

He aquí la estrofa:

¡Oh, tú, que con una lanza de fuego  
de mi alma rompiste el hielo  
y la empujas ahora hacia el mar  
con el impulso de altas esperanzas!  
Siempre más claro y más decidido;  
libre en el amante propósito.  
Así celebra mi alma tus milagros.  
¡Oh, tú, el más bello mes de Enero!

Para comprender lo que quiero decir al hablar de «altas esperanzas», debe leerse al

final del cuarto libro, donde se aparece en luminosa glorificación la diamantina belleza de las primeras palabras de Zaratustra. ¡Y también esas palabras de granito que hay al final del tercer libro y donde por primera vez y para todos los tiempos se ha formulado el destino!...

*Los cantos del príncipe «Vogelfrei»*, compuestos la mayor parte en Sicilia, recuerdan expresamente la concepción provenzal de la *Gaya Scienza* con esa amalgama del *menestral*, del *caballero* y del *espíritu libre* que diferencia esa maravillosa civilización precoz de los provenzales, de cualesquiera culturas equívocas.

*Para el mistral* una exuberante canción bailable, donde—con permiso de ustedes—se danza por encima de la moral, está también plenamente dentro del espíritu provenzal.



## ASI HABLABA ZARATUSTRA

(Un libro para todos y para ninguno)

### I

Quiero contar ahora la historia de Zaratu-  
tustra.

La concepción fundamental de la obra, la idea del *eterno retorno*, esta suprema fórmula afirmativa fué concebida el mes de Agosto de 1881.

Quedó fija en un papel con esta nota:  
«Á 6.000 pies sobre el nivel del hombre y del tiempo.»

Aquel día estaba paseando por la selva que bordea al lago de Silvaplana. Y al pie de un formidable bloque rocoso que se alzaba en forma de pirámide se me ocurrió esa idea fundamental.

Si á contar de aquel día vuelvo la vista algunos meses atrás, encuentro, como señales precursoras de este acontecimiento, una trans-

formación súbita, profunda y decisiva de mis gustos, sobre todo en música. Tal vez debe clasificarse mi *Zaratustra* bajo la palabra «Música».

Lo más indudable, lo más cierto es que supone una previa y anticipada «regeneración» total del arte de *oír*.

Estando en mi balneario en plena montaña cerca de Vicenza, donde pasaba la primavera del año 1881, descubrí una tarde en compañía de mi maestro y amigo Peter Gast—un «regenerado» también—que el fénix músico volaba más cerca de nosotros y su plumaje era más fino y más brillante que nunca.

Y si á partir de ese día me transporto con la imaginación hasta la fecha del alumbramiento que tuvo lugar de pronto, y en las condiciones más inverosímiles, el mes de Febrero de 1883—la última parte, de la cual he copiado algunos fragmentos en el prefacio, la terminé precisamente á la hora santa en que agonizaba Ricardo Wáagner en Venecia—, veo que el período de incubación duró diez y ocho meses.

Esta cifra de diez y ocho meses justos, podría dar lugar á pasar—al menos para los budistas—que yo soy en el fondo un elefante hembra.

El intervalo pertenece á la composición de



la *La Gaya Ciencia* donde hay más de cien indicios, que son heraldos de la proximidad de algo incomparable. Incluso está en ella la aparición de *Zaratustra*, porque ya el penúltimo capítulo del cuarto libro contiene la idea fundamental.

También á ese período intermediario pertenece el *Himno á la vida* (con orquesta y coro mixto), cuya partitura ha publicado hace dos años la casa E. W. Fritsch, de Léipzig. Tal vez este himno sea un síntoma bastante preciso del estado de espíritu de aquel año en que la emoción *afirmativa* por excelencia, llamada por mí emoción trágica, me animó en grado superlativo.

Día llegará en que se cante como homenaje á mi memoria.

Debo deshacer un error que existe á propósito de ese *Himno á la vida*. La letra no es mía. Es debida á la asombrosa inspiración de una muchacha rusa amiga mía por aquel entonces, y que se llamaba Lon de Salomé.

Á todo el que sea capaz de comprender el sentido de los últimos versos de ese poema, le será bien fácil adivinar el motivo de mi preferencia y mi admiración. Son grandiosos, y en ellos el dolor no es un reproche á la vida:

«Si no te queda ya ninguna alegría que darme, piensa que aun tienes tu dolor!»

Quizás en estas palabras mi música no esté del todo desprovista de hermana grandeza.

\*  
\*\*

El invierno siguiente lo pasé en esa bahía riente y silenciosa de Rapallo, á poca distancia de Génova.

Mi salud no era de las mejores; el invierno tampoco, frío y lluvioso sobre toda ponderación. La casita donde yo me hospedaba, estaba situada muy cerca del mar, hasta tal punto que el ruido de las olas no me dejaba dormir durante la noche. Reunía además otras condiciones igualmente adversas y contrarias á todo lo que yo necesitaba. Sin embargo, y como una demostración de que lo decisivo, lo definitivo nace «á pesar» de todo, *Zaratustra* nació aquel invierno en medio de aquellas circunstancias desfavorables.

Por las mañanas generalmente seguía el camino de Zoagli, en dirección Sur, á lo largo de un bosquecillo de pinos. Al otro lado veía la infinita verdosidad del mar entrando en el horizonte...

Por las tardes daba la vuelta á la bahía desde Santa Margarita hasta el otro lado de Porto Fino. Sentía por este paisaje el mismo



amor hondo y profundo que el emperador Federico III.

(La casualidad hizo que nos encontráramos al mismo tiempo años después, durante el otoño de 1886, cuando él visitó por última vez ese rincón olvidado y feliz.)

En esos dos paseos distintos y cotidianos fué donde se me ocurrió toda la primera parte de *Zaratustra*, considerándole como tipo. Mejor dicho: allí fuí *sorprendido* por *Zaratustra*.

## II

Para comprenderle hay que darse cuenta de su primera condición fisiológica, de lo que llamo *gran salud*. No sabría, no podría explicar ni interpretar esa concepción, mejor ni más personalmente que ya lo hice en estos párrafos pertenecientes á la última parte del libro V de *La Gaya Ciencia*.

«Nosotros, los hombres nuevos, los innominados, los difíciles de convencer; nosotros, que hemos nacido demasiado pronto para un porvenir cuya demostración no se ha hecho todavía,

necesitamos para un fin nuevo un medio nuevo, mejor dicho, una salud nueva, una salud más vigorosa, más aguda, más duradera, más intrépida y gozosa que han sido hasta ahora todas las demás.

»Todo aquel cuya alma esté ávida de conocer todos los valores que han circulado y todos los deseos que han sido satisfechos hasta hoy de visitar todas las costas de ese «Mediterráneo» ideal; el que quiera conocer por la experiencia de sus propias aventuras cuáles son los sentimientos de un conquistador y de un explorador del ideal, y además cuáles son los sentimientos de un artista, de un santo, de un legislador, de un sabio, de un místico, de un adivino, de un divino solitario de otros tiempos... necesita antes que nada la *gran salud*; una salud que no se posee sin reconquistarla constantemente, porque constantemente hay que ramificarla.

»Y ahora, después de haber caminado largo tiempo en esa forma, nosotros los argonautas del ideal, más audaces de lo que aconseja la prudencia, y aunque doloridos y náufragos, siempre dispuestos peligrosamente, rebeldemente dispuestos, nos parece ver ante nosotros como recompensa un país desconocido, cuyas fronteras no ha visto nadie, un más allá de todos los



países, de todas las reconditeces del ideal conocidas hasta ahora, un mundo tan rico de bellezas extrañas, dudosas, terribles y divinas, que nuestra curiosidad, nuestra sed de posesión, se desquician de tal modo que ¡ay! nadie ni nada puede ya serenarlas.

»¿Cómo podríamos después de tales presentimientos, de semejante hambre en la conciencia y semejante avidez científica, contentarnos todavía con los *hombres actuales*? Esto es grave, pero inevitable: sus propósitos, sus esperanzas nos son indiferentes, ó lo que es peor, nos alejan de los nuestros.

»Delante de nosotros corre otro ideal; un ideal singular, tentador, lleno de peligros. Un ideal que no queremos recomendar á nadie, porque no reconocemos tan fácilmente el *derecho* á se ideal.

»Es el ideal de un espíritu que goza ingenuamente, es decir, sin intención; porque su plenitud y su potencia se desbordan por encima de todo cuanto hasta hoy se consideró sagrado, bueno, intangible, divino; para quien las cosas más altas que sirven, y con razón, de medida al pueblo, significan ya algo semejante al peligro, á la descomposición, al rebajamiento, ó por lo menos á la convalecencia, á la ceguera, al olvido de sí mismo...

»Es el ideal de un bienestar y de una benevolencia humanos, sobrehumanos, un ideal que muchas veces parecerá *inhumano*—como, por ejemplo, cuando se coloque aparte de todo lo que hasta hoy se ha venido considerando serio y terrenal, aparte de toda clase de solemnidad en la actitud, en la palabra, en la entonación, en la mirada y en la moral, como su viviente parodia involuntaria—, y con el cual, á pesar de todo, es cuando únicamente empieza la verdadera seriedad, cuando quizás se plantea por primera vez el verdadero problema, cuando se cambia el destino del alma, la aguja anda y la tragedia comienza...»

## III

¿Hay alguien que á fines del siglo XIX tenga la noción clara y exacta de lo que los poetas de las grandes épocas de la humanidad llamaban *inspiración*? Por si no lo sabe nadie yo voy á explicarlo:

Aunque nos creamos completamente libertados de toda superstición, no podremos nunca vernos libres de la idea de la encarnación,



del portavoz ó médium de las potencias superiores.

La palabra revelación, tomada en el sentido de que «cualquier cosa» *se nos revela* de pronto á la vista ó al oído—con una indecible precisión, una inefable delicadeza que nos conmueve y trastorna hasta lo más íntimo de nuestro ser—, es la simple expresión de la realidad exacta.

Se oye sin buscar nada; se recibe sin preguntar lo que damos. Semejante á un relámpago, la idea brota absoluta, necesaria, sin dudas ni vacilaciones. Yo nunca he tenido que elegir en esos casos.

Es un encantamiento durante el cual nuestra alma, impulsada á una tensión sin medida, siente á veces el alivio de las lágrimas, y nuestros pasos, ajenos á nuestra voluntad, tan pronto se apresuran como se retardan; es un éxtasis que nos envuelve por entero, dejándonos la clara percepción de vibrar en mil estremecimientos finos y tenues, hasta la punta de las uñas; es una plenitud de felicidad en que el sufrimiento y el honor extremos no se sienten como un contraste, sino como partes integrantes é indispensables, como un matiz necesario en este océano de luz.

Es un instinto rítmico que abraza todo un

mundo de formas: la grandeza, el deseo de un ritmo amplio es casi la medida exacta de la potencia inspiradora y como una especie de compensación á un exceso de opresión y de tensión.

En todo esto no interviene para nada nuestra libertad voluntaria, y sin embargo, nos sentimos arrastrados como en un torbellino por un sentimiento pleno de embriaguez, de libertad, de soberanía, de omnipotencia. Lo más extraño es el carácter de imposición absoluta que adquiere entonces la imagen, la metáfora. Se pierde la noción de lo que son una y otra. Es como si se nos ofreciera la expresión más natural, más precisa, la más sencilla de todas. Realmente—según palabras de Zaratustra—, las cosas vienen por sí mismas á nosotros, deseosas de transformarse en símbolos:

«Y todas las cosas acuden á ti llenas de caricias, buscando sitio en tu discurso, y adadoras, te sonríen porque desean volar contigo.

»Con el ala de cada simbolo vuelas hacia cada verdad. Para ti se abren por sí mismos todos los tesoros del Verbo; todo Ser quiere transformarse en Verbo; todo Porvenir quiere aprender á hablar con tus palabras.»

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF CHICAGO  
JAN 10 1911



Tal es mi opinión experta acerca de la inspiración. Y estoy seguro de que no hará falta retroceder muchos millares de años para encontrar á alguien que tenga derecho á decir: «Y la mía también.»

## IV

En Génova estuve enfermo algún tiempo. Luego, la melancólica primavera de Roma me obligó á aceptar la vida, lo cual no fué muy fácil.

En el fondo yo me había excedido sobre toda ponderación en este último sitio, el menos á propósito para el poeta de *Zaratustra*.

Intenté libertarme. Yo hubiese querido irme á Aquila, ese sitio que encarna la antítesis de Roma, y que fué fundado por odio á Roma, como yo fundaré algún día una ciudad en recuerdo de cierto ateo y enemigo de la Iglesia *comme il faut*, con quien me une parentesco muy cercano: el gran emperador de Hohenstanfen, Federico III.

Pero había en torno mío algo fatal que me obligó á volver á Roma. No tuve más remedio

que contentarme con la *piazza Barbarini* después del inútil cansancio de buscar por todas partes un sitio *anticristiano*. Á punto estuve de buscar en el mismo palacio del Quirinal un cuarto silencioso de filósofo adonde no llegasen los malos olores.

En una *loggia* que da á la *piazza* ya dicha, desde la cual se domina toda Roma y se oye mugir la *fontana*, fué compuesto ese canto solitario—de una soledad nueva é infinita—que se llama *El canto de la Noche*.

Por aquel entonces yo sentía envuelto mi espíritu en una melodía de indecible melancolía y encontré el estribillo de la canción en estas palabras: «Muerte de inmortalidad.»

Al volver al sagrado lugar donde me hirió el primer resplandor luminoso de *Zaratustra* encontré la segunda parte. Bastaron diez días. Nunca, para ninguna de las otras, había empleado más.

Al invierno siguiente, bajo el cielo alcyonano de Niza, que por primera vez iluminaba mi vida, encontré al tercer *Zaratustra*. Había terminado.

Muchos rincones ocultos y muchas alturas silenciosas del paisaje de Niza quedaron santificadas por momentos inolvidables. Ese capítulo decisivo que se titula *De las viejas y de las nuevas*



tablas fué compuesto durante una penosa ascensión desde la estación del ferrocarril hasta la maravillosa aldea Eza, levantada en medio de las rocas.

La agilidad de los músculos ha respondido siempre en mí á la fuerza de potencia creadora. Cuando el cuerpo está entusiasmado no hay que preocuparse del alma.

Algunas veces se me vió bailar. Por aquella época soportaba sin la menor fatiga siete ú ocho horas de camino por las montañas. Dormía bien, reía mucho. Estaba en un estado perfecto de vigor y de resistencia.

## V

Excepción hecha de estas obras de diez días, los años de la gestación de Zarathustra, y sobre todo los siguientes, fueron de angustioso infortunio. La inmortalidad se paga muy cara. Hay que morir muchas veces mientras se vive.

Existe algo que yo llamo el odio de lo grande. Todo lo grande, una obra, un hecho, se vuelve inmediatamente contra su autor. Por haberlo llevado á cabo el autor, se torna débil,

no es capaz de soportar su obra, de mirarla cara á cara.

¡Tener sobre sí algo definitivo que aprieta más el nudo del destino humano y verse obligado á sufrirlo incluso hasta el aplastamiento!... ¡El odio de lo grande!

Otra sensación es la del silencio; un silencio espantoso que reina en torno nuestro. La soledad está envuelta en siete velos impenetrables.

Se vive entre los hombres, se habla con los amigos; pero estamos en un nuevo desierto, porque ninguna mirada nos hace señas de inteligencia. Todo lo más que encontramos es la rebeldía. Yo he sentido muchas veces distintas clases de rebeldía contra mí, y casi siempre de parte de mis allegados. No hay nada que ofenda tanto como el brusco convencimiento de las distancias.

Los temperamentos *nobles* que no saben vivir sin venerar son muy raros.

Hay otra tercera sensación más, y es la absurda irritabilidad de la piel para toda clase de picaduras, por pequeñas que sean. Se siente angustia de todo y ante todo, lo cual es debido al enorme derroche de las fuerzas defensivas que caracteriza el acto *creador*, la acción hija de lo más íntimo, lo más profundo y personal



de cada ser. Se cumple una abolición, una inanición de las pequeñas capacidades defensivas.

Por último, se digiere mal, y se desea tanto la inmovilidad como se sienten calofríos, y se desarrolla el instinto de la desconfianza; porque la desconfianza, no es, en la mayor parte de los casos, más que un error etiológico.

Hallándome cierto día en un estado semejante, bastó la presencia de una vacada para despertar en mí, de un modo inconsciente, la dulzura, la bondad más que humanas. *Esto* produce una grata sensación de calor.

## VI

*Así hablaba Zaratustra* es una obra completamente aparte. No hablemos de los poetas. Nunca se ha creado con tal abundancia de fuerza una obra.

Mi concepción del «dionisiano» es un *acto de resplandor*. Comparada con ella, el resto de las acciones humanas es un hecho pobre y falto de libertad.

Que un Goethe ó un Shakespeare no puedan

respirar ni un sólo instante en esta atmósfera de pasión formidable y de vertiginosa altura; que Dante comparado con Zaratustra no es más que un creyente y no un *creador*, un espíritu *dominador del mundo*, una fatalidad; que los poetas de los *Vedas* sean unos sacerdotes indignos de desatar los cordones de las sandalias de Zaratustra; todo eso no es bastante para dar una idea de la distancia, de la inmensa soledad *azulada* en que vive esta obra.

Zaratustra tiene derecho á decir: «Yo formo alrededor mío círculos y fronteras sagradas. Cada vez es más exiguo el número de los que suben conmigo á las montañas cada vez más altas. Yo levanto una cadena de montañas, cuyas cumbres son cada vez más sagradas.»

Reunid el aliento, las cualidades de los más altos espíritus, y todos ellos juntos serán incapaces de producir un solo discurso de Zaratustra.

Sube y baja por una escala inmensa. Vió más lejos, quiso ir más lejos y ha *podido* ir más lejos que ningún hombre. Cualquiera de sus palabras basta para refutar la mayor afirmación. En él todas las refutaciones, las contradicciones, están ligadas por una humanidad nueva.

Las fuerzas más elevadas y las más bajas



de la naturaleza humana, todo cuanto existe de más dulce, de más ligero y de más terrible brota de una sola fuente con inmortal certeza.

Hasta ahora nadie sabía lo que era altura, lo que era profundidad, y mucho menos lo que era verdad.

Antes de *Zaratustra* no existían la sabiduría, la investigación del alma, el arte de la palabra. Lo que siempre se ha creído próximo, lo imaginado como vulgar, dice en este libro cosas inauditas. Hay sentencias temblorosas de pasión, rayos lanzados contra porvenires que aun no se pudieron adivinar; la elocuencia se ha hecho música.

La más poderosa fuerza imaginativa que haya podido existir en el mundo es un insignificante y pobre juego de niños si se la compara con este retorno del idioma á la naturaleza misma de la imagen.

Ved cómo *Zaratustra* desciende de su montaña para decir á todos palabras de bondad. Ved con cuánta delicadeza pone la mano incluso sobre sus adversarios los sacerdotes, y cómo sufre con ellos.

En cada momento se ve sobrepujado el hombre, la idea del «superhombre» adquiere su más alta realidad.

En una lejanía infinita, todo cuanto hasta

ahora se llamó grande en el hombre está por debajo de él.

Lo distintivo, lo típico en la creación de *Zaratustra*—el carácter alcyoniano, los pies ligeros, la coexistencia de la maldad y de la impetuosidad—nunca han sido considerados como atributos esenciales de la grandeza.

*Zaratustra* representa precisamente en estos límites del espacio, en este fácil acceso de las cosas más contradictorias, la especie superior de todo lo que existe.

Oíd cómo se define él mismo y renunciaréis á buscar otro ser semejante:

«El alma que posee la escala más alta, y que puede descender más bajo;

»el alma más vasta que puede correr hasta muy lejos y extraviarse dentro de sí misma, sin salir de sí misma; la más necesaria, la que se precipita por simple placer en la casualidad;

»el alma que se sumerge en lo que ha de ser, el alma que posee, que quiere entrar en la voluntad y en el deseo;

»el alma que huye de sí misma y se encuentra consigo misma en el más amplio de los círculos; el alma más sabia y más dulcemente imitada á ser loca;

»el alma que más se ama á sí misma y en



la que todo asciende y descende, en la que todo tiene su flujo y reflujo.»

*Aquí está precisamente la idea de Dionisios.*

Hay otra consideración que contribuye á demostrarlo.

En Zaratustra el problema psicológico se ha formulado del siguiente modo:

Cómo el hombre que ha llegado al último grado negativo, que *obra* negativamente respecto de todo lo que hasta ahora se consideró afirmativo, puede á pesar de eso ser el más ligero y el más lejano. No olvidemos que Zaratustra es un danzante.

Cómo el hombre que examina con una dureza terrible la realidad, que ha imaginado «las ideas más profundas», no encuentra la menor objeción contra la existencia, y el eterno retorno, y cómo sabe hallar una razón para *ser él mismo*: la eterna afirmación de todo: «decir *sí* y *amén* de un modo enorme é ilimitado».

«Yo llevo á todos los abismos la bendición de mis afirmaciones», ha dicho

*Aquí está—repito—precisamente la idea de Dionisios.*

## VII

¿Qué lenguaje empleará un espíritu semejante para hablar consigo mismo? El *ditirambo*.

Yo soy el inventor del ditirambo. Oíd como Zaratustra se habla á sí mismo *antes de salir el sol*. (Tercera parte, pág. 130.)

Nadie antes que yo ha sabido expresar tal felicidad de esmeralda, esa divina ternura. En un Dionisios como Zaratustra, hasta la más profunda tristeza se cambia en ditirambo.

Como ejemplo de ello, voy á reproducir *El canto de la Noche*, la queja inmortal del condenado por la abundancia de luz y de poder, por su propio temperamento *solar*, á no sentir el amor.

«Es de noche: se eleva sonora y alta la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor.

»Es de noche: se despiertan los cantos de los amantes. Y mi alma es también una canción amorosa.

»Hay en mí algo de inagotado y de inago-



table que quiere hablar en alta voz. Hay en mí un deseo de amor que se dice á sí mismo las palabras de amor.

»Soy luz... ¡Ah, si fuera noche! Pero mi soledad nace de estar envuelto en luz.

»¡Ay, que no soy sombra y tinieblas! ¡Cómo detendría mi sed en las mamilas de la luz!

»¡Y os bendeciría á vosotros, astros pequeños y titilantes, gusanos de luz del cielo! ¡Y gozaría con la luz que me dierais!

»Pero yo vivo de mi propia luz y absorbo en mí mismo las llamas que de mí brotan.

»Yo ignoro el goce de aceptar, y muchas veces he soñado que robar era una voluptuosidad mayor aún que aceptar.

»Mi pobreza consiste en que mis manos no descansan nunca de dar; mi envidia en ver siempre pupilas encendidas de esperanza y noches iluminadas de deseo.

»¡Oh, miseria de los prodigos! ¡Oh, la obscuridad del sol mío! ¡Oh, deseo de desear! ¡Oh, hambre devoradora en la saciedad!

»Toman lo que yo les doy; pero ¿están en contacto nuestras almas? Hay un abismo entre dar y recibir. Y el abismo más pequeño es el más difícil de llenar.

»Hambre nace de mi belleza: quisiera hacer daño á los que ilumino; quisiera despojar

á los que colmo de presentes: es que también tengo sed de maldad.

»Retirando la mano cuando ya la mano se ha tendido; vacilando como la cascada que vacila en su caída. Así es mi sed de maldad.

»Mi opulencia medita la venganza. De mi soledad nacen los malos deseos.

»Á fuerza de dar, mi felicidad del don se ha muerto. Mi virtud se ha cansado de sí misma y de su abundancia.

»El que da siempre, corre el peligro de perder el pudor. El que siempre distribuye acaba por tener callosidades en las manos y en el corazón.

»Mis ojos no se mojan de lágrimas ante la vergüenza de los suplicantes; mi mano se endureció demasiado para sentir el temblor de las manos llenas.

»¿Qué se hizo de las lágrimas de mis ojos y del vello de mi corazón? ¡Oh, soledad de todos los que dan! ¡Oh, silencio de todos los que lucen!

»Muchos soles gravitan en el desierto espacio: su luz habla á todo lo que es sombra y tinieblas. Sólo para mí callan. ¡Ay! Tal es el odio de la luz por lo que es luminoso. Sigue su curso, implacablemente.



»Injustos en el fondo contra toda luminosidad, fríos para los soles. Así los soles siguen implacables su curso.

»Como huracanes, los soles vuelan á lo largo de su ruta. Siguen su voluntad inexorable, y de ahí su frialdad.

»¡Oh! Sólo vosotros, seres oscuros y nocturnos sois los creadores del calor por la luz. ¡Oh! Sólo vosotros bebéis una leche reconfortadora en los pezones de la luz.

»¡Ay! El hielo me rodea; mi mano se quema en helados contactos. ¡Ay! La sed alterada de nuestra sed me tiene sediento.

»Es de noche: ¡Ay! ¿Por qué he de ser luz? ¡Y sed de tinieblas! ¡Y soledad!

»Es de noche. Mi deseo brota como una fuente. Mi deseo quiere hablar en alta voz.

»Es de noche: se eleva sonora y alta la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor.

»Es de noche: se despiertan los cantos de los amantes. Y mi alma es también una canción amorosa.»

## VIII

Todo esto no se ha escrito jamás ni se ha sentido jamás, no se ha sufrido jamás. Así no puede sufrir más que un dios, Dionisios.

Únicamente Ariadna podría contestar á semejante ditirambo, que glorifica la soledad del sol en plena luz. ¿Y quién, excepto yo, sabe lo que significa Ariadna?

Nadie hasta hoy pudo dar la clave de estos enigmas. Incluso creo que ni se dieron cuenta de tales enigmas.

Zaratustra, al determinar de una vez, severamente, su misión, determina también la mía. No hay que engañarse respecto de su significación. Zaratustra es *afirmativo* hasta la justificación del pasado, hasta la salvación del pasado.

«Yo soy entre los hombres, como entre los fragmentos del porvenir, de ese porvenir que sólo yo veo.

»¿Y ha de reducirse mi esfuerzo á reunir, á recomponer lo que es fragmento y enigma y azar espantoso?



»¿Y cómo había de soportar el ser hombre si el hombre no era también poeta y adivinador del enigma, salvador de lo casual?

»Salvar el pasado» y transformar en «lo que debe ser» todo «lo que era». Esto es lo único que se puede llamar salvación.»

En otra parte Zaratustra determina con igual severidad lo único que podría ser para él; «el hombre»—nunca un objeto de amor ó de piedad—. Zaratustra ha logrado dominar el enorme asco que le causa el hombre. El hombre para él es una cosa informe, una materia, un pedrusco que necesita la mano del escultor.

«Que siempre permanezca lejos de mí esa gran laxitud: No más «querer», no más «evaluar», no más «crear».

»En la investigación del conocimiento no es el goce de la voluntad, ni el goce de engendrar lo único que siento dentro de mí. Si hay alguna inocencia en mi conocimiento es porque existe en ella la *voluntad generadora*.

»Esta voluntad me ha alejado de Dios y de los dioses. ¿Qué habría de crearse si existieran los dioses?

»Esta ardiente voluntad de crear, me empuja incesantemente hacia los hombres. Así, el martillo hacia la piedra.

»¡Ay, hombres! Una estatua, la estatua de las estatuas, duerme para mí en el fondo de la piedra. ¡Ay! ¿Por qué ha de dormir en la piedra más dura y más hostil?

»*Pero mi martillo golpea cruelmente contra esa prisión. La piedra se agrieta. No importa.*

»Yo quiero acabar esta estatua. Porque una sombra me ha visitado. Algo muy ligero, muy silencioso ha llegado hasta mí.

»La belleza del Superhombre me ha visitado como una sombra. ¡Ay, hermanos! ¡Qué me importan ya los dioses!...»

Voy á hacer resaltar un último punto de vista, apoyándome en la frase subrayada. Para un propósito dionisiaco, la dureza del martillo, el gozo mismo de la destrucción, es una de las primeras y más decisivas condiciones.

El imperativo: «¡sed duros!», la certeza fundamental de que *todos los creadores son duros* es el verdadero signo distintivo de una naturaleza dionisiana.



## MAS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL

(Preludio de una filosofía del porvenir)

### I

Lo que faltaba por hacer en los años siguientes estaba prescrito de un modo severo y rotundo.

Después de haber cumplido la parte afirmativa, había que cumplir la negativa: allí donde fuera preciso decir no, *obrar como no*.

Había que emprender la transmutación de todos los valores que cursaran hasta el día, emprender la gran guerra, la evocación del día en que la batalla fuese decisiva.

Durante este tiempo procuré rodearme de naturalezas semejantes á la mía, de las que apoyándose en sus reservas de fuerza ayudarían á la obra de destrucción. Á partir de aquella época, todas mis obras eran como anzuelos, y tengo la pretensión de ser un buen pescador de caña. Si nadie se *dejaba* coger, no era culpa mía, me faltaban pescados.

### II

El libro (1886) es ante todo una *crítica de la modernidad*: de las ciencias modernas, las artes modernas, incluso la política moderna.

Considerado desde este punto de vista, mi libro es la *escuela del gentilhombre*, tomando la denominación en el sentido más radical é intelectual posible. Nada más que para soportar esa interpretación hace falta tener valor, no haber sabido nunca lo que es miedo. Porque en ella van indicaciones respecto del tipo opuesto al moderno, lo menos moderno posible, un tipo noble, afirmativo.

Todas las cosas de las cuales se enorgullece nuestra época, las considero opuestas á ese tipo, peligrosas para él. Citaré algunos como el famoso «objetivismo»; la «compasión por todo lo que sufre»; el «sentido histórico», sometido al gusto extranjero; su vulgaridad ante las cosas pequeñas; el «espíritu científico».

Considerando que este libro es posterior á *Zarathustra*, se comprenderá tal vez igualmente que es hijo de un régimen diético.

Los ojos que, bajo el imperio de una necesi-



dad formidable, tengan la mala costumbre de ver á lo lejos—Zaratustra ve mucho más que el zar—, se ven forzados aquí á recoger en una mirada lo más próximo, el tiempo, lo que se encuentra en torno suyo.

Podréis ver también con todos sus detalles, mejor dicho, en la forma, el alejamiento *despótico* de los instintos que hicieron posible la creación de Zaratustra.

En primer término, hay un gran refinamiento en la forma, en la intención, en el arte del *silencio*; la psicología está *maniatada* con una crueldad y una dureza presuuestas.

El libro entero no tiene una sola palabra de bondad.

Todo en él reposa. ¿Quién, pues, sería capaz de comprender el derroche de bondad que hay en Zaratustra como necesario para solaz y recreo?

Hablando teológicamente—y fijaos bien, porque hablo muy pocas veces como teólogo—, puede asegurarse que el mismo Dios fué el que se enroscó en forma de serpiente al árbol de la Ciencia, cuando terminó su obra. De ese modo descansaba de ser Dios. Todo cuanto había hecho era demasiado hermoso.

El diablo no es más que la ociosidad de Dios cada siete días...

## LA GENEALOGÍA DE LA MORAL

(Una obra de polémica)

Las tres disertaciones que componen esta genealogía son tal vez—por lo que se refiere á la expresión, la intención, el arte de la sorpresa—lo más inquietante que he escrito hasta ahora.

Nadie ignora que Dionisios es también el dios de las tinieblas. Cada vez que se empieza hay como una inducción al error. Son comienzos fríos, científicos, casi irónicos.

Poco á poco aumenta la agitación. Aquí y allá se rasga en relámpagos el horizonte. Verdades ásperas y desagradables vienen de muy lejos con sordo rumor de truenos, hasta que se llega á un *tempo feroce* en que todo avanza en una tensión formidable.

Por último, se advierte de cuando en cuando, en medio de las detonaciones absolutamente terribles, una verdad *nueva*, visible entre espesas nubes.